SILUETAS

Hombres Célebres

DEL

Occidente de Asturias

VOLÚMEN 1.º

DATOS

POR

MIGUEL GARCÍA Y TEIJEIRO

SILUETAS

DE

HOMBRES CÉLEBRES

DEL

Occidente de Asturias

POR

Miguel García y Teijeiro

VOLÚMEN 1.°

LUGO.—1906
Tipografía de A. Villamarín (hoy Sucesores)
Armañá, núm. 2, bajos

I.—Don Juán Francisco Siñériz y Trelles.
II.—Don Fernando Fernández Casariego, de Tapia.
III.—Sor Ana María de la Concepción, de Barres.

I

UN IMITADOR DE CERVANTES

Don Juan Francisco García Siñériz y Trelles

Y SU OBRA

EL QUIJOTE DEL SIGLO XVIII

Nació en Sueiro—concejo de El Franco—este escritor y publicista en 1778, y en su pueblo hizo los primeros estudios bajo la dirección de un viejo y conocido humanista.

Desde jóven debió el pan de su niñez á los productos de unas tierras, que él y su padre cultivaban en una no muy pequeña granjería, compartiendo las horas del día con el trabajo del campo y con el estudio de los autores Virgilio y Horacio.

No es fácil, hoy por hoy, fijar

hasta qué época duró su aprendizaje de *obrero;* pero es lo cierto y no cabe duda, que Siñériz aspiraba á dejar su posición modesta y adquirir otra mejor en armonía con su carácter y aficiones. Al efecto, se trasladó á Oviedo y allí, en su Universidad, cursó la carrera de Leyes, distinguiéndose por su aplicación y por sus raras dotes de talento.

Estudiante y por tanto sin haber terminado los estudios universitarios, ofreció sus servicios á la Junta general del Principado, cuya representación provincial, conociendo el valer y altas miras patrióticas de Siñériz, le nombró miembro de la segunda Comisión que en 1809 fué á Inglaterra en demanda de auxilios contra los franceses invasores.

Durante su estancia en Londres, logró perfeccionarse en la lengua inglesa, lo cual fué para él un poderoso medio para adquirir relaciones y no pocos conocimientos que le sirvieron más tarde de base para sus rápidos y ulteriores triunfos literarios. De regreso á Asturias, y después de dar cuenta de su

comisión, se retiró á su pueblo, permaneciendo en él hasta 1826, en cuyo año se trasladó á Madrid donde brilló como hombre estudioso, de ilustración y de buen ingenio, mereciendo ser nombrado censor del *Boletín Oficial Madrileño* é indivíduo de la Junta Directiva del Colegio de Sordo-mudos, ejerciendo otros diferentes cargos honoríficos hasta su muerte, ocurrida en 1857.

Sus muchas obras demuestran la laboriosidad, la instrucción amplia, el buen juicio y los conocimientos variados de tan renombrado escritor; por ello las Corporaciones científicas y literarias le franquearon sus puertas, tales como la Academia de Ciencias Naturales y la Sociedad Económica Matritense y Leonesa, otorgándosele, al fin, como premio último, el honor de que su retrato fuera colocado en la Iconoteca Asturiano-universitaria, donde aún existe al lado de los de otras célebres personalidades de la provincia, retrato obra del pintor D. Vicente López, y donado á la Iconoteca por el Sr. Baraibar.

Entre sus producciones merecen citarse: un *Compendio del Derecho real de España, con el extracto de 1958 leyes de la Recopilación, Partidas y Fuero real*, tomo en cuarto que facilitó el estudio del derecho patrio, alcanzando una segunda edición en 1833, y es un buen resumen del libro del Paborde de Valencia, D. Juan Sala; un *Nuevo plan de gobierno económico-doméstico*, tomo en octavo mayor; un *Compendio de Artes y Ciencias*, vertido del inglés, acomodado á los principios del catolicismo y destinado á la instrucción de la juventud; *El amante de la Nación española en el siglo XIX*, tomo en octavo; y por último, *El Gil Blas del siglo XIX*, obra de no escaso mérito, escrita con viveza, la que comprende diferentes relaciones de sucesos de España desde la guerra de la Independencia, en el siglo pasado, hasta 1844, unido á todo lo dicho varios folletos políticos y literarios, recordando al presente un discurso de Voltaire, traducido y anotado, y un *Proyecto de Constitución universal.*

Pero la obra por excelencia de

Siñériz, es sin duda *El Quijote del siglo XVIII, ó historia de la vida y hechos, aventuras y fazañas de Mr. Le-Grand, héroe filósofo moderno, caballero andante, prevaricador y reformador de todo el género humano. Obra escrita en beneficio de la humanidad y aplicada al siglo XIX*, impresa en Madrid en 1836 en la imprenta de D. Miguel Dr. Burgos, edición hoy agotada.

Esta publicación se cita entre las imitaciones de *El Quijote*, de Cervantes, mostrando en ella su autor singular erudición, estilo sencillo y condiciones de escritor satírico, méritos que el historiador César Cantú se complace en reconocerle, quien califica de buen tema *las fazañas y aventuras del héroe filósofo moderno:* mas no así lo hacen los traductores de Ticknor, censurándole con alguna dureza.

Propúsose Siñériz con su obra un fin noble y digno: atacar, ridiculizando, los *delirios* filosóficos de aquel tiempo, á cuyo propósito dice en el prólogo: «Aunque los libros de la moderna filosofía que yo procuro combatir no son de ca-

ballería, son, sin embargo, más dignos aún de la burla y del desprecio que los de Amadís de Gaula *et similes*, porque nos han hecho más daño que cuantos caballeros andantes hubo en el mundo, y que si Dios no lo remedia, camino llevan para acabar con todo el género humano antes de dos siglos.» Y expresa el prospecto: «Viendo el autor de este nuevo Quijote otra leyenda en nuestros días, infinitamente más perjudicial que cuantos libros de caballería hubo en el mundo, sin tomar nada de Cervantes, más que la idea, se propone desterrar de la sociedad por el mismo medio tanto libro inmoral, tanto principio de corrupción y tanta doctrina criminal y subversiva...»

Comprende la obra cuatro volúmenes y cincuenta capítulos, y en ella se tocan puntos interesantes sobre religión, usos, costumbres, producciones, comercio é industria de muchos paises del globo, un extracto de la Revolución francesa y textos de la Biblia.

Desarrolla el tema poniendo como protagonista á un hombre adi-

nerado llamado Mr. Le-Grand, el que embebido en la lectura de los libros filosóficos da en la manía de emprender una regeneración universal, en unión de otros jóvenes que se titulaban filósofos modernos. A tal fin crearon una Academia, donde se discutían las materias y las doctrinas más opuestas, obrándose un trastorno general en las ideas de los académicos, hasta el punto de caer en la estravagancia y creer arreglar el mundo allá á su manera.

Comisionaron al efecto á Mr. Le-Grand para difundir por todo el orbe la nueva y original doctrina, quien, confiado y animoso, se embarcó en Bourdeaux para recorrer ciertos paises en compañía de un ayuda de cámara, de carácter jovial y muy á propósito para el caso, cual nuevo Sancho.

Largo sería extractar aquí las hazañas y aventuras en que el *caballero andante* toma parte para implantar sus reformas, y su afán en significarse para desfacer entuertos. Mas, al fin, de regreso á Francia, su patria, supo los tristes sucesos de la memorable revolu-

ción de 1789; contrariado por ello y apenado cae enfermo, pero á su convalecencia recobra la razón comprendiendo entonces sus extravíos é insensateces, y arruinado y pobre termina sus días en la isla de Jersey, arrepentido de todas sus culpas, considerándose el más criminal de todos los hombres, «á los cuales-dice-he perjudicado de una manera incalculable con mi doctrina impía, inmoral y subversiva.»

Si bien esta obra logró alcanzar nombre y fué un tanto apreciada del público, como lo prueba la segunda edición que de ella se hizo y el ser traducida al francés, no falta quien la critique por su estilo y lenguaje y por su plan, como intrincado y desenvuelto con poco artificio.

Sin embargo, no carece de mérito ni debe ser desdeñada; pues pinta con alguna verdad ciertos pasajes, demuestra sana moral é ironía un tanto fina, tiene situaciones interesantes, pudiendo considerársela muy superior á muchas de distinguidos prosistas de su tiempo que habían sido admitidas con aplauso.

Verdad es que no hay en ella la gracia, la amenidad, la armonía, la fluidez y los primores del lenguaje con que se halla enriquecida su homónima la del encarcelado de Argel: pero sí ofrece «una utilidad mayor y un interés más general,» según frase un tanto pretenciosa del autor, por «ridiculizar los libros que pervierten á la juventud inexperta, conduciéndola al precipicio y sepultándola en las hogueras de las revoluciones.»

Tales fueron las producciones de D. Juan Francisco Siñériz y los rasgos más salientes de su vida, al fin de la cual supo conquistar los laureles de la inmortalidad.

Juzgamos oportuno en la ocasión presente, antes de tratar de otros célebres hombres en estas «Siluetas», recordar su nombre y su principal obra, sintiendo el olvido, involuntario sin duda, á que los asturianos le dejaron en solemnes momentos, cuando en España y en el extranjero tanto se escribía de Cervantes por su *Quijote*, y de alguno de sus imitadores.

Salir de la obscuridad, resplandecer más tarde, conquistar fama

por altos merecimientos y ser preterido después, sólo es privilegio de los grandes hombres, quienes, como Siñériz, así lo han logrado.

II

Excmo. Sr. D. Fernando Fernández Casariego y Rodríguez Trelles

Primer Marquès de Casariego, Vizconde de Tapia, Caballero Gran Cruz de la Real y distinguida Orden Americana de Isabel la Católica y de María Victoria

Nació este compatriota ilustre en la villa y puerto de San Martín de Tapia, el día 19 de Febrero de 1792, y fué hijo de D. Angel Fernández Casariego y de D.ª Ignacia María Rodríguez Trelles.

Como hombre predilecto de la fortuna, llegó á alcanzar un capital grande á costa de sacrificios incesantes, vendiendo lienzos gallegos con su mercancía al hombro y su vara de medir en la mano.

Existían allá por los tiempos de

Casariego, y aún no hace mucho, esos *coleccionistas* famosos de ropa blanca que, fieles á la tradición de sus antepasados, se enorgullecían al poseer un vasto surtido de servilletas, manteles y paños de mano; siendo el placer *inocente* y la satisfacción más completa de los aludidos, el enseñar á sus amigos, cuando la oportunidad vanidosa lo reclamaba, esos almacenados y amarillentos tejidos padroneses, que por entonces se compraban á alto precio y con interés.

Cuéntase que á Casariego no debió de irle tan mal en tan productivo trato, puesto que por entonces era uno de los pocos vendedores de confianza que surtían al vecindario de Oviedo y á otros, repartiendo el artículo de casa en casa y dejando lo no vendido á un antiguo compañero y amigo suyo llamado D. Francisco del Pulgar, con quien sostenía estrechas relaciones de amistad y comerciales.

Trasladado á Madrid el insigne Casariego, tomó á su cargo varias contratas de correaje y vestuario para el ejército, en ocasión de haber estallado en la península la

guerra civil llamada de los siete años.

Pronto su posición pecuniaria y su talento claro para los negocios mercantiles, hicieron que en la capital de España le consideraran como una palanca fuerte y una figura de primer orden en el mundo financiero y de los negocios; pues por su valer personal y servicios prestados obtuvo dos grandes cruces y los títulos nobiliarios de marqués y vizconde de Tapia; ejerció el cargo de senador del reino por Zamora y Asturias, y fué en ocasiones reelegido como consejero de la Junta de Gobierno del Banco de España, por espacio de veintiun años consecutivos, á la vez que prior del Tribunal de Comercio de Madrid, honores alcanzados en legítima compensación.

De aquí el que se comprenda, pues, como D. Fernando llegó á alcanzar esa fortuna inmensa, pasando de pobre á rico y de rico á potentado, en atención á su trabajo, constancia y actividad.

La poderosa acción del Vizconde de Tapia en los días más prósperos de su fortuna, hizo que diera

muestras claras de sus liberalidades y sentimientos en bien de su pueblo natal y de la provincia.

En efecto; hallábase en Madrid el asturiano ilustre Sr. Posada Herrera, á la sazón Ministro de Gobernación, con quien conferenció Casariego á fin de buscar protección oficial en él y exponerle el magno proyecto que concibiera hacía tiempo de convertir á Tapia en villa importante de la región y sacarla del abandono y quietismo en que se hallaba por desgracia, como así fué.

Se convino, al fin, el crear un Instituto de segunda enseñanza, una casa-escuela, un hospital, una iglesia parroquial, y dotar al puerto de un muelle acondicionado y capaz, á la vez que construir un malecón en sitio oportuno para librar á Tapia de la terrible y amenazadora plaga de arena en que se sumía poco á poco, con otras y otras importantes mejoras llevadas á cabo, que han dado y dan hoy su importancia y su sostén al pueblo tapiego, patria del generoso D. Fernando.

Pero la obra por excelencia, le-

gada por nuestro biografiado y que trajo beneficios más prósperos y positivos á la región y en especial á su villa, es á no dudarlo el Instituto local de segunda enseñanza, creado por Real orden de 16 de Junio de 1865, y suprimido, como oficial, por Real decreto de 25 de Octubre de 1901, convertido hoy en Colegio privado.

Se construyó este edificio bajo la dirección y planos del arquitecto de la Real Academia de San Fernando, D. Juan M. Yáñez Caballero y Rodríguez Trelles, invirtiéndose en él un capital aproximado de 85.000 escudos, sujetándose la construcción, un tanto, al orden dórico.

Una vez terminada la obra en 22 de Marzo de 1867, se aprobaron las condiciones favorables de cesión, y en 24 de Abril del mismo año, el Municipio de Tapia, á nombre del común, las aceptó previa autorización superior, comenzando á funcionar el Instituto como tal centro docente, en 17 de Septiembre de 1867.

No quedaron satisfechas con la creación del Instituto las nobles

aspiraciones del insigne D. Fernando, á quien su pueblo natal y otros le deben y le deberán aún por mucho tiempo la gratitud eterna de sus servicios.

A fin de sostener *perpetuamente* el Instituto, Casariego otorgó en Tapia en 1.º de Diciembre de 1867 una escritura ante el notario don Antonio Murias y Pasarón, por la que donó en favor de dicho centro, con intervención del Ayuntamiento tapiego, una inscripción intransferible de la Deuda consolidada, número 37.085, por valor de un millón de pesetas de capital y 30.000 de renta anual, convirtiéndose esta renta más tarde (1874) en 10.000 pesetas, por haberse reducido el interés del consolidado del 3 al 1 por 100, según ley, pero con promesas de que en futuros tiempos se volvería al valor de la primitiva emisión. (1)

Aún fué más allá la bondad natural de Casariego y el amor á cuanto se relacionaba con el bien de su pueblo; pues él hizo las gestiones altamente grandes para elevar á Tapia á Municipio independiente del de Castropol en 1864,

como lo había sido en el período constitucional descentralizador de 1820 á 23.

A su favor paternal se deben también la construcción de la Casa-Consistorio de la villa; el malecón, importante para Tapia, y el muelle, obras todas, entre otras, llevadas á cabo con extrema prodigalidad por el preclaro Marqués de Casariego. (2)

A la modesta condición de su origen, se debe el bondadoso carácter que poseía, unido á esa pureza de alma reflejada en su rostro, siempre alegre y tranquilo á la vez. Dotado de un corazón generoso el tapiego ilustre, se identificaba con el dolor ajeno, socorriendo al necesitado noblemente, á medida que su posición lo consentía.

Siempre que el recuerdo evoca el nombre del protector Vizconde, se agolpan á la mente muchas y muy diversas ideas.

Pensar que desvalido y sólo abandonó su pueblo, joven, sin oficio y sin recursos; contemplarlo en medio de un país extraño donde todo era nuevo para él, y sin amigos, cargado con su lienzo para

ganarse el pan y con él su porvenir y su fortuna; seguirle á la empeñada lucha por la vida con corazón animoso y un fuerte espíritu, y en fin *vencer* con honra y obtener copiosos *frutos*, es, en verdad, meritorio, tanto más cuanto es digno de estima el alto proceder del noble Marqués en bien de su pueblo natal.

Tristemente lo decimos hoy: ¡para el que así ha honrado y favorecido á su patria, ni un recuerdo en su honor se ha hecho, ni una memoria que perpetuase su nombre en lo futuro! Sólo para él reina el olvido, y parece reinará aún por mucho tiempo la... ingratitud.

El Sr. Casariego falleció en Madrid, el 22 de Marzo de 1874.

III

Sor Ana María de la Concepción Bermúdez de Mon y Díaz

Mucho se ha escrito de esta religiosa, para hacer su elogio y conocer su vida. Se la ha analizado con hábil y delicada mano, y, á la vez, todo contribuyó á enaltecer su nombre.

Hace más de un siglo que el sabio profesor de Teología, Rdo. Padre Mucientes, de la Compañía de Jesús, escribió un libro en obsequio á la devoción y eterna gratitud que debía á esta *mujer santa*, publicándolo para que sirviera como de contínuo despertar de su memoria y de perenne estímulo á la imitación y admiración de sus virtudes.

El P. M. Fr. Basilio Mendoza,

general reformador honorario de la Orden de San Bernardo y catedrático de Prima de Teología en la Universidad de Salamanca, recogió extensos datos de esta religiosa, agregando á estos biógrafos Sor Angela de la Cruz y Sor Mariana de Jesús, á la vez que el canónigo de Tarragona D. Carlos González Posada, D. Máximo Fuertes Acevedo, el P. Fr. Fabián Rodríguez y García, con otros y otros que en revistas y periódicos se han ocupado de la *Santa Madre*, como el P. Hoyos la llama, siendo estos, en resumen, los datos bibliográficos, aunque incompletos, que he creido oportuno exponer aquí, como de interés é importancia para ulteriores investigaciones del curioso.

Nació Sor Ana María de la Concepción, el día 11 de Junio de 1667 en una pequeña aldea de Asturias llamada Outeiro, términos de la parroquia de Barres, en el concejo de de Castropol, y aunque hija natural de D.ª María Díaz, fué reconocida y heredada por su padre don Diego Bermúdez Díaz de Mon, descendientes ambos de significada casa del país. (3)

Se crió al lado de su abuelo paterno, D. Francisco, quien la amó con delirio; pues de su nieta solía decir con frecuencia el noble anciano: «Tengo por cierto que Dios tiene guardada á esta niña para cosas grandes de su servicio.»

Joven aún y «sin saber qué cosa era oración, ni haberla oido nombrar hasta mucho después, gozaba ya su pequeña alma de las quietudes y sosiegos nada ociosos de la contemplación, experimentando, cuando comulgaba, tal recogimiento de potencia y sentidos, y tal paz, dulzura y suavidad con la presencia del Soberano huésped, que, aun después de religiosa y tan experimentada en los admirables efectos que causa en el alma la íntima unión con Dios, decía que no sabía explicar lo que entonces le pasaba.» (4)

Crecía de día en día su amor á la caridad para con el desvalido, extrañando que en una edad tan temprana supiera apreciar en tan alto grado la necesidad agena; de aquí que guardaba gran parte de la comida del día con el fin de socorrer al pobre, sin que en modo

alguno se escapase también el enfermo al vigilante cuidado de su caritativo celo.

Fué su principal atención la oración y el sacrificio, y á veces se empleaba en los más humildes ejercicios de la casa y del campo; poro no satisfecha aún con esto, alentada por el fervor de su devoción, se vistió á raíz del cuerpo con una túnica de sayal tan basto, que dice en sus apuntaciones: «Yo creo que el más ínfimo criado de la casa no quisiera que le hiciesen vestido de tal paño.»

Siempre tuvo á los demás de mejor condición que ella, mostrando desagrado al tratar con gente rica; con la pobre y humilde le parecía estar en su centro.

Con recogimiento interior y devoción exhortaba á todos á que frecuentasen el Sacramento de la Comunión, y ella con cuidado y viva fe hacía el exámen para la confesión del día siguiente con un propósito de la enmienda tan grande y contrición de corazón, que lloraba por las faltas leves cometidas, mirándolas como graves pecados; así solía decir: «Yo hacia el

examen el día antes con mucho sentimiento de mis pecados, deseando ser otra desde aquel día, y antes de salir de casa, puesta de rodillas, pedía á mi abuelo la bendición y que me perdonara. El dolor de mis pecados era tal, que me atajaban las razones.»

Deseosa de padecer por Jesucristo, se propuso observar crueles penitencias, macerando su cuerpo atrozmente y apretando su cintura con un punzante cilicio; pero á la vez que estas disciplinas, resolvió ayunar, al principio, tres días á la semana, pasando la cuaresma á pan y agua, hasta el punto de negarse á comer carne en el transcurso de nueve años, y para que la abstinencia fuese aún mayor, se alimentaba sólo de ocho en ocho días, pasando así en esta observancia estrecha hasta el último instante de su penitente vida.

Su oración era un continuo éxtasis, y como á ésta iba unido el espíritu de penitencia, más y más se mortificaba, oyéndosela decir muchas veces al hablar con sus confesores: «Yo, Padre, tenía tan impreso en el corazón que el ma-

yor enemigo que tenía era mi cuerpo, que sin piedad alguna ni ponérseme nada por delante, le hacía todo el mal y todo me parecía poco, según lo enfurecida que contra él estaba.» Y en verdad, quebrantada de las fatigas del día y sin moderar su abstinencia, se marchaba á los sitios escabrosos y llenos de jarales, para que así tuviesen mortificación las plantas de los pies; agregó una erizada cruz de aceradas puntas que le cubría la espalda, varios cilicios y una gruesa cadena que la oprimía y maltrataba, hasta el punto de dormir por el suelo y poner por almohada una piedra, con lo que se le hacía difícil, si no imposible, el sueño, por no poder estar más que de pie ó de rodillas, debido á la cruel incisión que el cilicio la causaba. Todos tienen á maravilla, dice González Posada, que tanto rigor junto con sus enfermedades y la debilidad del sexo, no le hubiesen del todo quitado las fuerzas y consumido la salud.

Muy cerca de la casa en que vivía su abuelo, había una capilla (5) donde se veneraba y aún se venera

hoy una imagen de la Purísima Concepción de María, y allí iba con frecuencia la devota joven á orar, convirtiéndose este santo recinto en abreviado cielo para ella. Pedía á la Virgen que la oyera sus súplicas y la aconsejara como Suprema Maestra, de lo que había de hacer para agradar á Dios; así, en los momentos que se encontraba libre de sus quehaceres, se trasladaba á la citada ermita, y allí, dice en sus escritos: «Daba á Su Majestad cuenta de todos mis trabajos; con esta Señora, lloraba y descansaba, y siempre salía enseñada y consolada. Tenía cada día más desprecio de lo que el mundo estima, porque me daba Su Majestad un conocimiento más claro que la luz del día, de lo que son las cosas del mundo y la brevedad con que se acaban. Todas mis ansias eran de la soledad y retiro, pero esto no era posible á no hacerlo Dios, como lo hizo...»

Deseando adornar la imagen de la Concepción que había en la capilla, al efecto pidió á su abuelo terreno con el objeto de sembrar en él lino y poder hacer la tela

que había de emplear para un vestido de la Virgen; (6) de aquí que ella perfeccionó el lino y lo hiló, mas con el producto de la venta de la tela sobrante hizo comprar lo necesario para terminar la modesta ofrenda, la cual fué tan á gusto de la Soberana Señora, según un escritor afirma, que apareciéndosela llena de resplandores de gloria, la dijo: «Tú, hija mía, me has dado vestidos á mí, pues yo te le tengo de dar á tí.» Conmovida y llena de asombro «no sé yo decir cómo quedó mi alma de esta visita—escribe en sus apuntes—parecíame que me había vestido Su Majestad con su misma hermosura y con tan grandes efectos, que yo no sabía qué hacerme de agradecida.»

Cuéntase que en una ocasión, estando junto á la capilla de la Virgen, se halló de pronto circundada de luces y resplandores celestiales, que, á modo de visión, le parecía estar en el cielo, donde se le manifestaba el misterio de la Encarnación; absorta, perdidos los sentidos y arrebatada el alma, exclamó entonces: «Señor, ¿qué hacer para corresponder fielmente á

las finezas de vuestro amor?» A lo que contestó Dios: «Quiero que me busques crucificado.»

Grandes fueron los efectos que causó este singular favor en el ánimo de la ilustre biografiada; pues llevada de grandes excitaciones, convulsiones atroces y temblores violentos, pusieron en grave estado su cuerpo, atribuyendo esto unos á enfermedad, mientras que otros la consideraban como poseida de los demonios.

De día en día se hacía más patente en esta alma grande el amor para con Dios, siendo objeto de admiración su humildad profunda nacida del pobre concepto que de sí se había formado; pues se consideraba como la más vil é ingrata de todas las criaturas, apartando toda conversación que tendiera á señalar el aprecio de su virtud y propia estimación, llegando al extremo de querer pasar á un país donde no fuera conocida; pero su confesor la disuadió de tal propósito escribiendo la Venerable Madre que esta obediencia fué para ella el primer sacrificio que había experimentado.

Deseando comenzar una vida aún más de penitencia, creyó oportuno entrar en una casa de recogimiento, donde—dice el P. Mucientes—en hábito de Terceras vivían unas honestas doncellas, y una vez allí aumentar los rigores para con su cuerpo con ejemplar austeridad; mas la enfermedad de su abuelo, de la cual murió, vino á perturbar, en parte, el propósito de la ilustre sierva, por lo que dejó el claustro para ejercer los oficios de caridad que le eran propios con su protector, al cual tenía, desde mucho tiempo, en lugar de padre.

Muerto este respetable anciano, y libre de las personas que podían retardar su entrada en el convento, resolvió poner en práctica su proyecto, pero disensiones surgidas entre individuos de su familia dieron tregua á los deseos de la monja, á la cual querían usurpar la herencia que legítimamente la correspondía por su padre y abuelo.

Apeló la Santa Madre á cuantos medios razonables eran posibles para llegar á un acuerdo ventajoso en bien de sus parientes, exigiendo

sólo la corte dote que necesitaba para ingresar de religiosa, cediendo los demás derechos, mas todo fué inútil, viéndose precisada, atendiendo al consejo de un abogado y al mandato de su confesor, acudir á los tribunales de justicia, para que éstos la amparasen y decidieran de su derecho.

No copiaré, porque no es muy del caso, los grandes trastornos que experimentó y los lances curiosísimos que le pasaron en los viajes á la ciudad de Valladolid con motivo del largo y famoso pleito; omito las afrentas é ignominias que tuvo que sufrir durante su permanencia en la capital castellana; sólo diré que en traje humilde se presentó y con desprecio fué mirada aun por la persona á quien iba recomendada, siéndole preciso acogerse á un mesón, por más que después fué atendida con solicitud.

Una vez llegada á la posada, dió á leer los sobre-escritos de las cartas que llevaba á un caballero que á la sazón se encontraba en el portal, el cual, movido de compasión

por el aspecto pobre que ofrecía, la miró en todo lo que le fué posible, presentándola á un Jesuita para que la dirigiera en cuanto al aprovechamiento espiritual de su alma.

Pronto reconoció este sacerdote la bondad y grandes méritos de la heróica religiosa; pero, para probar más y más su obediencia, la mandaba á los paseos, calles y plazas públicas, á las porterías de las comunidades religiosas, á las puertas de las iglesias á implorar el socorro, y á la vez que recogía desprecios, injurias y vilipendios de parte de unos, de otros ganaba el concepto de una mujer simple y devota vestida con hábito de beata. Mandábala que descubriese la cabeza y con cuidado dejase caer la toca, apareciendo de modo que se hiciera reparar de todos, y así lo hacía, sirviendo de irrisión por tener el pelo completamente cortado. Por esto, la trataban de tonta, necia, gazmoña, loca, borracha y endemoniada, siendo corrida y apedreada de los muchachos, todo lo que la ilustre Virgen sufría con natural encogimiento, pareciéndo-

le poco aún por el deseo que tenía de padecer por Cristo.

Concluido el pleito, y dictada la sentencia en favor de esta sierva de Dios, partió con dirección á su tierra á disponerse para ingresar en el convento, mas la suerte le fué adversa surgiendo nueva oposición por la codicia de sus parientes, quienes no pudiendo dirimir la sentencia hallaron modo de interrumpir los propósitos de nuestra biografiada, no reconociéndole la hacienda libre que ella tenía señalada para entrar de religiosa, considerándola como anexa al mayorazgo, alejando así al comprador.

Pesado fué este incidente, en el cual tomó parte el confesor que tenía en su pueblo, sirviéndole de mediador; pero, en este tiempo, recibió la Santa Madre una carta del confesor Jesuita, diciéndole se preparara para tomar el hábito en el Real Monasterio de San Joaquín y Santa Ana de Valladolid.

Inútil es decir el consuelo y alegría que experimentó su alma al recibir la noticia, y la prisa que se daba para ver cuanto antes coro-

nados sus deseos; á tal propósito pone en sus escritos: «Hacía mal tiempo—se refiere á la época en que recibió la carta y á la que hizo el viaje—pero nada se me puso por delante ni tuve la menor cosa que vencer; dábame el Señor tal aliento, que si todo el mundo y todo el infierno se atravesaran en el camino, pasaría por encima, para buscar á Su Majestad crucificado. No he tenido otro motivo más que éste para ser monja. Yo salí á buscar los trabajos con tan grande y ardiente sed, que muchas veces en el camino no podía sufrir el paso de la caballería, que me apeaba y andaba tanto, que me perdían de vista los que venían conmigo; y después me decían ¿qué cuenta habían de dar de mí si me perdía? De esto sabía bien que iba segura, porque en lo más íntimo de mi alma se me daba una certeza de las grandes que he tenido, de que Su Majestad con su Santísima Madre y muchos Santos iban en mi compañía, y así no conocía ir por tierra, sino por cielo.»

Dispuesto el viaje y dada su despedida á la tierra que tantas veces

fué testigo de sus sacrificios heróicos, salió para Castilla, donde era esperada para profesar en el convento, como así lo hizo el sábado 13 de Marzo de 1694, á los tres días de haber llegado á la ciudad de Valladolid, recibiendo por nombre de religiosa el de Ana. (7)

Consignar los hechos de esta célebre mujer después de haber profesado, y decir algo de esas virtudes teologales que brillaron en esta alma santa, á la que elevaron á un alto grado de pertección, ampliarían mucho los límites de estos apuntes.

En la Fe, *argumento de las cosas que no aparecen*, según la expresión del Apóstol, sobresalió tanto nuestra monja, que nunca dudó de las verdades católicas; pues siempre tuvo un concepto tan alto de la grandeza y soberanía de Dios, que bien se reveló en esa reverencia profunda que sentía en presencia del Señor Sacramentado. Era su celo ardientísimo el de propagar los preceptos divinos, atrayendo al descarriado al gremio de la Iglesia católica. De esto pudiéramos dar abundantes ejemplos,

y que copia, en parte, la M. Mariana de Jesús.

En la Esperanza, también se distinguió y nunca desmayó ni vacilaba ante el peso horrible de grandes trabajos, y siempre se mantuvo firme en aguardar los auxilios que necesitaba para vencer las dificultades que se le ponían delante, confiando disfrutar del bien eterno que ella tanto deseó. Se vió esto claro en la humilde sierva, y, en ocasiones, cuanto más atribulada y acongojada se sentía, con ese espíritu de seguridad, exclamaba: *Esperanza y Fe.*

No es fácil dar á conocer ámpliamente el grado altísimo de la Caridad en que brilló la heróica Madre. Esta virtud santa, era el fuego en que se abrasaba y que siempre la dominó desde sus primeros años. Ella ofreció á Dios, en ese altar de los sacrificios, las riquezas, su amor, afectos privados, hasta la propia individualidad, para unirse con sus semejantes solamente con el vínculo de la Caridad. Ella, en la cabaña humilde y miserable compartía el pan á sus hambrientos moradores, consolando al alma

atribulada, porque siempre iba unida en sí esa sombra bendita de la Caridad. Ella, en fin, bajo las bóvedas de los templos, pedía á Dios por el descanso de los muertos y por las almas de aquellos para cuyos cuerpos se abría entonces el seno piadoso de la madre tierra.

Muchos y muy elevados ejemplos de esta virtud podíamos consignar, llevados á cabo por esta mujer, pero sólo nos ocuparemos del voto árduo que se impuso, obligándose bajo de pecado mortal á no cometer veniales, y, á no incurrir, también, en imperfección moral advertidamente, á no caer en pecado venial.

Este voto que tanto preocupó y ha hecho discurrir á los teólogos, no me es dado ni propio de mi incumbencia hacer reflexiones sobre él, pero sí diré, que esta Madre jamás faltó á la promesa, según testifican sus confesores, honrándose por tan heróica resolución y obligación tan estrecha. Y aún más; al tratar un biógrafo de la conformidad que esta monja tenía con la Voluntad divina, que es regla de

toda santidad, copia para mayor satisfacción las palabras de nuestra Venerable, la que pone: «Si supiera que en el infierno se había de aumentar un grado más el amor para con Dios, y que, con padecer la terribilidad de aquellos tormentos había de agradar un poquito más á su Majestad, que entre las glorias y delicias del Paraiso, se abalanzaría mi alma y sin detenerse un punto se arrojaría entre los ardores de aquellas llamas.»

Pero, otros caracteres tenemos aún para calificar la santidad de esta gran sierva de Jesús, añadiendo nuevos quilates á la perfección de sus virtudes: sea el primero la humildad. Esta se hacía visible siempre en sus palabras y acciones, y con la mayor naturalidad contaba sus faltas y defectos, considerándose ingrata ante los ojos de Dios, y la criatura más humilde de la tierra.

A esta virtud, iba unida la paciencia, mostrando siempre resignación en sus trabajos y enfermedades, y animosamente confiaba en la protección divina.

Mas, no fueron estas solas las

virtudes que acrisolaron el espíritu de la Santa Madre; otras muchas concurrieron y dieron mérito á la persona de esta amada Sierva, por tantos títulos estimada y respetada de todos.

Sin entrar en la relación de los sacrificios y del esmero con que continuó nuestra monja practicando las virtudes en el monasterio de Santa Ana, bastaríanos fijar tan sólo nuestra atención en la observancia de sus constantes ayunos; las continuas enfermedades que padecía: el rigor de las disciplinas que la habían consumido la salud, y se comprenderá por esto el combate rudo que sostuvo y el aspecto de la vida de esta heróica cristiana.

Contaba ya Sor Ana María de la Concepción 77 años, cuando le sobrevino su última enfermedad, que puso fin á la dilatada carrera de su prodigiosa vida.

Sus padecimientos fueron muchos y muy fuertes, especialmente uno que ella llamaba *el grande*, el cual bastaría sólo para acabar con la existencia del sér á quien Dios había guardado por especial favor y providencia.

Decir la resignación y conformidad altísimas que siempre demostró en sus enfermedades: esa aflicción y tormento que inquietaba su espíritu, como el penoso desamparo que experimentó su alma en su último trance, creo que con copiar las palabras que la humilde sierva pone, basten al caso: «Yo no puedo decir otra cosa, sino que el Señor me ha entregado en un todo al padecer; porque es tal la amargura, el desconsuelo y desolación que experimento en la parte inferior, que si Dios no estuviese haciendo toda la contra por sóla su infinita misericordia, yo, pobrecita, me perdería sin remedio.»

Llegó el dia que el Señor tenía marcado para premiar sus hechos y gloriosas virtudes; en efecto, el viernes 8 de Julio de 1746, á la edad de 78 años, entregó su alma á Dios, con pena de la Comunidad, la que con justo dolor lloró la pérdida de una madre que con sus máximas la instruía y consolaba.

La fama de su santidad había cundido por la ciudad hacía tiempo; y en todas partes que de la Religiosa se trataba, como por

cuantas personas que con ella lograron relacionarse, era objeto de respeto y admiración; de aquí las demostraciones de veneración que recibió su cadáver, correspondiendo altamente al concepto grande que el pueblo de Valladolid tenía formado de sus elevadas virtudes.

A su muerte, concurrió inmenso gentío á las puertas del convento de Santa Ana, pretendiendo ver el cuerpo de la Santa Madre y llevar, como recuerdo y prueba de su culto, alguna reliquia ó cosa tocada á él, solicitando muchas personas objetos que hubieran pertenecido á la Venerable Madre, viéndose precisada la Comunidad á cortar en pequeños fragmentos hasta la ropa de la cama en que había muerto, y que ocupó, tan sólo, durante su enfermedad.

En su larga peregrinación por la tierra, se mostró como un dechado ejemplar de perfectas religiosas, y por su intenso amor y vivas ansias se sacrificó toda á Dios, para unirse amante á su Divino Corazón.

Testigos fueron de sus hechos y virtudes los prudentes directores

que guiaron á esta esclava largos años.

El primero fué el P. Juan de Fuentes, de la Compañía de Jesús, quien dijo de la Santa Madre: «Que después de haber probado á esta alma por cuantos caminos había podido discurrir, estaba tan asegurado de que el espíritu de la regia era de Dios, que no sólo no le quedaba en lo humano el más mínimo recelo, sino que no habia encontrado cosa más sólida y bien fundada; que ésta era una criatura, que no parecía terrena sino por lo mucho que padecía en el cuerpo.»

El segundo director, fué el Padre Ignacio de Camargos, escritor y catedrático de Prima de Sagrada Teología en la Universidad de Salamanca, y en cartas de este gran Jesuita, que escribió referentes al dictamen y dirección espiritual de la V. Madre, dignas todas de ver la luz pública, da cuenta en una, fechada en 23 de Diciembre de 1705, dirigida al Rmo. P. Fray Pedro de Reinosa, de lo siguiente: «A la duda que V. Rma. se sirve de proponerme tan confiadamente, respondo con igual confianza y sin-

ceridad, que con alcanzar yo tan poco, especialmente en materias de espíritu, no tengo el menor recelo de que es voluntad del Señor sólidamente manifestada, lo que V. Rma. medita—se refiere á la consulta que le hacía sobre si sería conveniente escribir los hechos de la V. Sor Ana—. Ya se echaba de menos esta sapientísima y utilísima disposición de su providencia en que rarísima vez dispensa y no sé si alguna en tales circunstancias como aquí concurren. Alabo al Señor—dice el mismo P. en otra carta—en las obras maravillosas que hace en ésta su escogida criatura.»

Siguieron otros sacerdotes dirigiéndola en su pueblo durante el tiempo que permaneció ausente de Valladolid con motivo del pleito, y por las notas que estos escribieron, consta el gran concepto que tenían de la santidad de la ilustre sierva.

De su regreso á la ciudad la gobernó el P. Fr. Pedro Reinosa, religioso capuchino, maestro de Teología en el Convento de Valladolid y después guardián de los de

Madrid y Alcalá de Henares. Este capuchino, que gozó de general estimación por su ciencia, dió cuenta extensa de esta religiosa, y en el exordio que pone al escribir sus apuntes, dice, copiando las palabras de San Gerónimo: «*Et si cuncta corporis mei membra verterentur in lingeras, et omnes artus humana voce resonarent, nihil dignum Venerabilis Matris Sororis Anæ Mariæ á Concepcione virtutibus dicerem.*»

Después de este fraile entró á dirigirla el autor de la *Teología Mística*, P. Manuel Ignacio de la Reguera, Jesuita, quien alcanzó por sus méritos el ser nombrado en Roma Consultor de la Sagrada Congregación de Ritos, y escribe de la V. Virgen, entre otras cosas, una carta fechada en 23 de Febrero de 1746, lo siguiente: «Del espíritu de la Madre Concepción, nunca he dudado que sea solidísimo y segurísimo como fundado en un gran padecer, con un grande amor á Cristo Jesús; y en lo extraordinario, sin hacer de esto pie, antes apareciendo siempre vida escogida, como la ha guiado su Divino

Esposo. Yo procuré no apartarme de lo mismo el tiempo que me tocó.»

Continuó en el cargo que desempeñó este hombre ilustre, tanto de confesor de Sor Ana, como también en la cátedra de Prima en la Universidad de Valladolid, el Padre Fernando de Portocarredo. A éste, le siguieron: el P. José Ignacio de Bazterrica, catedrático de la misma Universidad, y el Padre Juan de Villasañe, maestro de Teología en el Colegio Real de Salamanca y rector de los principales Colegios de la provincia de Valladolid, su provincial, quienes dicen con aprecio, é igualmente que los anteriores, de las sólidas virtudes de M. Sor Ana.

Pasó á dirigirla después de estos sacerdotes el P. Francisco de Rábago, persona conocidísima tanto en España como en Roma, donde fué maestro de Teología en el célebre Colegio Romano, y Provincial en Valladolid. Su dictamen, á la muerte de la Santa Madre, es el siguiente: «En el suceso de nuestra buena M. Concepción, se repite el *Sugunt indocti*, etc. Confu-

sión nuestra es, que una pobre mujer haya hecho una carrera tan penosa como felíz. No he sentido pesar alguno de su muerte, aunque la amaba mucho, por la certeza moral que tengo de su pronta salvación y elevación á una gloria, no vulgar, sino muy sublime. Su carrera fué larga, pero siempre igual en el padecer; y á tanto padecer y con tanto amor de Dios, era consecuencia un premio heróico y extraordinario. Siempre mantuvo una exactísima pureza de conciencia, y en medio de una contemplación tan elevada, vivió siempre con un temor vivísimo de sí misma, recelando caer y perder á Dios: y este fué el duro clavo que toda la vida la atravesó el corazón. El otro fué el amor y ansias incesantes de verse con Dios, que la deshacían y quemaban. Siempre hice un alto concepto de su espíritu, especialmente porque al mismo tiempo que era tan elevado, era llanísimo y segurísimo su camino.»

Casi del mismo modo que este confesor, se expresa el Rmo. Fray Bernardo Robreño, Definidor y

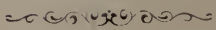
Maestro General de su ilustre Congregación cisterciense, el cual dice: «En el tiempo que tuve la dicha de tratar á la Madre Ana María de la Concepción, siempre observé en ella aquellas señales y sólidos argumentos de un buen Espíritu, que nos enseñan los Padres y Doctores de la Iglesia, y así no tengo la más leve prudente duda de que su Espíritu fué muy elevado y á todas luces bueno.»

Tal es, en resumen, la vida de esta compatriota ilustre, la que logró poner su nombre á tal altura, honrando una página más del libro donde se escriben las glorias de los preclaros hijos de nuestra provincia.

Nadie podrá, pues, desmentir el aplauso á que con su conducta se ha hecho acreedora; bajo su tosco hábito, un sólo sentimiento la guiaba: el amor cristiano; bajo su blanca toca, un sólo pensamiento: Dios.

Esperemos que, dado el proceso que se instruye de beatificación de la heróica Madre, veamos su nombre un día escrito al lado de los de otros santos, que han dado

honor y brillo á la Iglesia de Cristo, y pueda tributársele al fin culto de dulia.



NOTAS

Número 1

Con esta renta y con otros pequeños productos académicos, se sostuvo este Instituto, gracias también á la buena administración y decidida protección de su director D. Antonio Tol y Cancio, quien ha puesto el cuidado sumo de que dicho centro atendiera con la debida regularidad á sus gastos; mas, al fin, la triste situación económica del Instituto, obrada por la depreciación de los valores públicos, trajo consigo la imposibilidad de sostener el personal docente, privando á Tapia y toda una extensa zona de este tan necesario centro de enseñanza.

Número 2

El *Distrito municipal de Tapia* se formó en el año citado con las parroquias de Campos, Salave, San Martín y San Esteban de Tapia, Serantes y el Monte, ésta perteneciente á El Franco y aquellas á Castropol.

El *Consistorio*, magnífico edificio, con fachada al Mediodía, consta de un solo piso y en él se hallan el salón de sesiones, Secretaría, despacho del Alcalde y otras oficinas secundarias, como también las propias del Juzgado municipal. En la planta baja existen: la portería, cárcel, cuerpo de guardia, elevándose en la fachada Norte de este edificio una pequeña torre con reloj y campana.

La *Escuela*, no desmerece en nada al anterior edificio, ámplia, de construcción sólida y acondicionada. Posee salas capaces é higiénicas, habitaciones para maestra y maestro, y un salón de actos públicos, destinado hoy á Círculo de recreo de la villa.

El *Malecón*, grueso muro de

mampostería y cemento, construido á lo largo de una playa situada al Poniente de la villa, fué estudiado por personas peritas para librar á Tapia de la arena en que se enterraba, casi periódicamente. Costó este famoso dique mucho más de lo que á la vista parece, por lo difícil de su cimentación.

El *Muelle*, obra de defensa y de abrigo para las embarcaciones, consta de cuatro murallones de sólida sillería, distribuidos convenientemente en el estrecho puerto, los que en ocasiones suelen ser *acariciados* pródigamente por las *rachas* y embates del bravo mar tapiego.

Número 3

Como cosa curiosa, copiamos á continuación unos datos genealógicos de la casa del Outeiro de Barres, testimoniando los antecesores de la M. Sor Ana María de la Concepción, tales son:

1.º *D. Alvaro González Blanco*, vecino de la villa de Tapia, casó con D.ª María Rey, hija de D. Diego Rey, vecino también de Tapia; tuvieron por hijo, entre otros, á

2.° *D. Juan González Rey*, que vivió en San Feliz de Figueras y casó con D.ª María López; tuvieron por hijo, entre otros, á

3.° *D. Juan González López*, vivió en Figueras y casó con doña Elvira Pérez Casariego de primer matrimonio, teniendo por hijos, entre otros, á D. Juan y á D. Andrés González Casariego.

4.° El *D. Juan González Casariego*, casó con D.ª María Méndez Villamil, hija de D. Fernando Alvarez Villamil, y de D.ª Teresa Basante Casariego, dueños de la casa del Outeiro de Barres; tuvieron por hijos al Licenciado don Juan Antonio González Casariego y Villamil, cura que fué de San Juan de Moldes, fundador con su madre de la capilla de N. S. de la Concepción del Outeiro de Barres y del vínculo y mayorazgo de dicha casa de Outeiro, más á Alonso Méndez Casariego y Villamil, y á Elvira Pérez Casariego y Villamil. Los citados Alonso Méndez y Antonio Méndez, su hijo, fueron dueños de la casa de Rubieira de Barres, fundadores de su vínculo y aniversario.

5.º Dicha *D.ª Elvira Pérez Casariego y Villamil*, se casó en el Outeiro de Barres con D. Lope Méndez de Donlebún, hijo de don Alonso Méndez de Donlebún y Villamil y de D.ª Elvira González su mujer; tuvieron por hijos, entre otros, á María y á Juana Méndez, que fué la que sucedió en el vínculo de la casa de Outeiro, por haber muerto dicho Alonso Méndez, su tío, y Antonio y Juan, sus hijos, sin sucesión legítima.

6.º La dicha *D.ª Juana Méndez de Donlebún y Casariego*, casó con D. Francisco Díaz de Mon; tuvieron por hijo único á D. Diego Díaz de Mon y Méndez de Donlebún, que murió en vida de su padre y dejó por hija natural tenida de doña María Díaz, soltera, á

7.º D.ª María Concepción Bermúdez de Mon y Díaz, religiosa profesa en el convento de Nuestra Señora Santa Ana, de Valladolid, y por ella el convento percibió los bienes del vínculo de dicha casa de Outeiro y los agregados á ella por la dicha D.ª Juana Méndez, su abuela.

Número 4

Palabras del P. Mucientes, dichas en el Sermón honorífico que pronunció el 16 de Septiembre de 1746, con ocasión de celebrar las honras fúnebres de la memorable Madre Sor Ana, en el convento de San Joaquín y Santa Ana, de Valladolid.

Número 5

Es esta capilla de modesta fábrica y de pequeñas proporciones, y en su único retablo se conserva la inscripción siguiente: «Esta capilla con el primitivo derecho de enterramientos i Patronato vincular de missa Sabatina perpétua, es anexa al mayorazgo de la casa del Outeiro de Barres. La reedificó en un todo D. Pedro Manuel Villamil y Ron, cura propio de San Antolín i sus anejos en el concejo de Navia y se doró y puso este Retablo año 1777.»

Número 6

Aún se conserva, en parte, este vestido, reducido hoy á una vieja

saya, y se halla en poder del dueño de la capilla.

Número 7

En 13 de Marzo de 1894, se celebró en Barres una fiesta en obsequio á Sor Ana María de la Concepción, para conmemorar el segundo centenario de su profesión, verificada en el convento de Santa Ana de Valladolid. Muy justo y digno ha sido este recuerdo de sus convecinos, respondiendo todos solícitamente al llamamiento que se les ha hecho por el que esto escribe.

Con tal ocasión, se colocó en el presbiterio de la iglesia pasroquial de Barres la lápida que dice así:

+

Recuerdo gratísimo
á Sor Ana María de la Concepción.
Los vecinos de Barres
conmemoran en este mármol
el segundo centenario de su profesión
verificada en el monasterio cisterciense
de Valladolid
el día XIII de Marzo de MDCXCIV.
Nació en Outeiro, barrio de esta parroquia
el XI de Junio de MDCLXVII.
Murió en el claustro
el VIII de Julio de MDCCXLVII.

Laureados poetas regionales contribuyeron también á solemnizar la fiesta con sus inspiradas poesías, y el Sr. Magistral de la Catedral de Mondoñedo, D. Sergio de la Vega, tomó á su cargo el sermón honorífico de la Monja, pronunciado muy elocuentemente, como no era menos de esperar de tan renombrado y culto orador sagrado.

Cumple, en la ocasión presente, transcribir algunas composiciones á que hemos hecho referencia, tales son:

Á SOR ANA MARÍA DE LA CONCEPCIÓN

Lloraba con el triste; de su boca
quitó el pan para dárselo al hambriento,
tuvo á dicha el tormento
de ser tachada de embustera y loca;
fué humilde y buena, y como el bueno alcanza
la bienaventuranza,
creo que, con Dios, Sor Ana está en la gloria,
pues hoy, después de un siglo, encuentra el (hombre
cierto sabor de mieles en su nombre
y fragancias de flor en su memoria.

BERNARDO ACEVEDO.

Oviedo—1894—Marzo.

*
* *

SOR ANA MARIA DE LA CONCEPCIÓN BERMÚDEZ DE BARRES

Xamas allumó el sol, desde la altura,
fama qu'en sí allugás alma tan pura;
y auque semaba el bien fo escarnecida,
mil penes saborgando nista vida.
Mas á la postre Dios premió so anhelu
y un llugarin la Monxa tién nel cielu.

TEODORO CUESTA.

Oviedo.—4 Marzo 1894.

*
* *

¡XÚROLO!

Si Sor Ana Bermúdez no fo al cielu ..
Ta condenao el nieto de mio güelu.

EVERARDO DE CABÓN.

6 de Marzo de 1894.—Oviedo.

91-B15094

Tipografía
DE A. VILLAMARÍN
(hoy sucesores)

Calle de Armañá, núm. 2, bajos

LUGO.—1906